

LA APUESTA POR LO QUE LAS PALABRAS DICEN.
CONVERSACIÓN CON JAIME BEDOYA

JULIETA VIÚ

Jaime Bedoya (Lima 1964) es uno de los cronistas contemporáneos más originales. Practica un decir sin concesiones que apela a la ironía, la parodia, las imágenes hiperbólicas y los oxímoron. Considerado autor de culto, por las nuevas generaciones de periodistas, amerita una presentación especial ya que sus crónicas se diferencian de la producción peruana contemporánea inscripta en la vertiente del periodismo narrativo. Lejos del llamado a literaturizar el periodismo, así como de las antinomias ficción/realidad y verdad/mentira, las crónicas de Jaime Bedoya producen una inflexión en dicho contexto sin la obligación de abordar los temas de la agenda mediática como la droga, el narcotráfico, la violencia y la miseria. Interesado en narrar el presente desde una perspectiva personal, Bedoya deviene escritor al inventarse como comentarista semanal en “Mal menor” y “Disculpen la pequeñez”, columnas cuyos nombres ponen de manifiesto el interés –sostenido, hay que destacarlo– por cuestionar los temas considerados prioritarios. Un tópico recurrente en su escritura es la crítica al discurso periodístico tradicional basado en un lenguaje sensacionalista, impreciso, trillado en su forma y sus ideas, lleno de lugares comunes. En contraposición, la escritura de Jaime Bedoya opera en la lectura entrelíneas, se juega en el comentario ingenioso que obliga a releer y a dudar de lo dado por sentado.

A Jaime Bedoya no le interesa la exposición pública, la rehúsa siempre que puede. Por ello y en el afán de priorizar la escritura, interviene desde los años ochenta en la esfera pública de manera exclusiva a través de la palabra escrita. Identificado con el periodismo que concibe como el arte de la “gracia bajo presión”, forjó un nombre en las páginas de la legendaria revista *Caretas* en la que colaboró por más de tres décadas. También incursionó en la escritura digital con el blog *Trigo atómico*. En 2015, ingresó como editor de proyectos especiales en *El Comercio* (diario llamado “decano de la prensa peruana”). Actualmente, se desempeña en dicho periódico como editor general y columnista dominical. Sus crónicas han sido antologadas por propuesta de distintos editores en *¡Ay qué rico!* (1991), *Kilómetro cero* (1995), *Mal menor* (2004) y *Trigo atómico* (2010). Con el objetivo de reunir dicho material, en 2016, se editó *En aparente estado de ebriedad*, que compila el trabajo de más de treinta años de escritura en los medios.

Julieta Viú: La crónica nació a fines del siglo XIX producto de la tensión entre literatura y periodismo, esferas del saber históricamente en disputa. ¿Cómo se piensa en relación con ellas?

Jaime Bedoya: Estudié Letras porque no quería ser ni abogado ni economista, profesiones que mi padre –con cariño pero sin principio de realidad– me sugería como futuro. En realidad no tenía ninguna vocación fuertemente marcada, salvo cierta inclinación por los temas médicos: su narrativa biológica, y cómo el hombre intervenía en ella, me fascinaba. Las letras fueron un descubrimiento inesperado de algo que tenía en la punta de la lengua: el lenguaje. Al periodismo llegué por necesidad. No hizo mucha gracia que estudiara Letras (en vez de las otras dos alternativas) y sentía la imperiosa necesidad de lograr independencia a través del trabajo. Así llegué al periodismo. El punto en común era obvio: ambos construyen, dependen, son, lo que las palabras dicen. En realidad nunca “pensé” mucho sobre el tema (incluso diría que evito hacerlo hasta la fecha). El encantamiento de construir con el lenguaje me cautivó. El que además me pagaran por ello me pareció un sueño. El lenguaje (para mí) es la madre de ambas esferas a las que te refieres. Son hermanos que a veces se enfrentan o traicionan, pero su sangre no miente. Está hecha de palabras.

J.V.: Se podría decir que para su padre no había un futuro en la literatura. ¿Su madre compartía la misma opinión?

J.B.: Lo de mi padre era contradictorio. Valoraba la importancia de la palabra y la lectura, solo que no la entendía como un medio de sustento. A la distancia le doy toda la razón.

A mi madre en el colegio, jugando con su apellido, le decían “Garcilaso” en alusión al escritor y poeta Garcilaso de la Vega. Ella escribía desde muy joven poesía y relatos por lo que se sentía orgullosamente responsable de mi interés en el tema. Ese era nuestro mayor vínculo, pues en la vida real manteníamos uno cordial. La explicación sería larga y no definitiva. Ella está viva, viuda, sola y anciana y la quiero y respeto.

J.V.: ¿Cuándo descubrió ese “encantamiento de construir con el lenguaje”?

J.B.: Lo sitúo sentado sobre las rodillas de mi abuelo Augusto en su estudio y biblioteca. Huele a alcanfor, la luz entra de lado por una ventana que da a un jardín. Él señalaba un libro, decía por ejemplo “¡Egipto!” y de memoria me iba resumiendo una versión comprensible del asunto. No nos movíamos de esa habitación, pero así viajábamos por el mundo, el tiempo y la historia, solo con las palabras que iba mencionando.

J.V.: Recuerda con mucho afecto la biblioteca de su abuelo. ¿Cómo era la biblioteca de su casa?

J.B.: Recuerdo que llegó parte de la biblioteca de mi abuelo –la enciclopedia Espasa, Unamuno, Pío Baroja– más libros de actualidad política y las novelas de Ian Fleming sobre James Bond que a mi padre le gustaban. Él leía los grandes diarios peruanos, *El Comercio* y *La Prensa*, las revistas *Caretas* y *Oiga*. Su chofer leía un tabloide llamado *Última Hora*, que jugaba mucho con el doble sentido de las palabras. Me volví un fan de ese periódico.

J.V.: La búsqueda de sustento y de independencia económica lo llevó al periodismo según usted expresó. ¿Cómo fueron esos inicios?

J.B.: Necesitaba demostrarme a mí mismo que podía perseguir un sueño que, en realidad, no tenía. Vivir de escribir. Mi último trabajo antes de llegar a la prensa fue profesor de instituto preuniversitario. Todas las alumnas eran mujeres. Era muy complicado. Soy tímido y me quedó claro que eso no era lo mío. Toqué puertas buscando trabajo. Un par de señorones me siguieron la corriente, me hicieron perder tiempo (del cual tenía hart), hasta que se me ocurrió presentarme en una revista política de humor ácido y valor democrático que siempre me había llamado la atención en casa. Llegué con mi máquina portátil de escribir, así de iluso. Me recibió el legendario Jorge Salazar. Quiero recordarlo fumando dos o tres cigarros a la vez, delgadísimo, con su estampa de vampiro *dandy*, mirándome de arriba abajo para preguntarme: ¿No te importa volverte loco? Le dije que no. Ese mismo día me puso a trabajar. Sentía que había llegado al nirvana.

No lo conté a nadie. En mi casa se enteraron como a los dos meses cuando salió mi primer artículo firmado. Mi padre se llamaba igual que yo. Mi padre no era de los que lloraban, ni con el cáncer, pero ese día estuvo cerca.

J.V.: Entró en *Caretas*, la revista de actualidad política más influyente de la prensa peruana de la segunda mitad del siglo XX, siendo muy joven, ¿en qué sección escribía?

J.B.: Fui el autor anónimo de la página de “Amenidades” durante un año. Eso incluía hacerle un texto humorístico a la foto de una mujer semidesnuda, localmente conocida como “La calata”. Cortejé varias novias a través de esos textos. Como Cyrano, pero mediante el *soft porn*. En algún momento el director de *Caretas* Enrique Zileri, titán del periodismo, preguntó por el autor de esos textos. Me presenté algo preocupado. Resultaba que le fascinaban y quería que escribiera más y con mi nombre. Así empecé. Con esas crónicas me hice una carrera. En la época más afiebrada de *Caretas* llegué a tener entre 10 y 12 heterónimos. Algunos hasta se peleaban entre ellos. Tenía un cuadro sinóptico de todos los personajes que espero tener guardado por algún lugar. A través de ellos incurrí inclusive en la

crónica taurina (placer culposos hoy en retirada). ¿Daban en Argentina los dibujos animados de *La princesa caballero*? En *Caretas* había un señor muy español que escribía de toros bajo su título nobiliario. A propósito de eso inventé columnas de dos nobles más: el Conde Nylon y el Duque Dur Aluminium (ambos personajes de *La princesa caballero*) que refutaban todo lo que él decía y, para no levantar sospechas, discutían entre sí. Luego estaban el cronista deportivo nonagenario llamado Gino di Dudas, el poeta Dennis Angulo, etc. etc. etc. Los tuve que apuntar porque en un momento eran demasiados. Y lo mejor, todos por un mismo sueldo.

J.V.: Indudablemente usted supo encontrar, en esos comienzos en el periodismo, una forma de escritura que lo entusiasmara.

J.B.: No sé si esos comienzos llegan a calificar como periodismo. Haciendo la analogía con la vida marinera, eran el perfecto equivalente a trapear la cubierta todos los días. Solo tratábamos que, por lo menos, fuera divertido. Eso confirmó el valor expresivo del humor, de lo sarcástico, que luego se llevó a otras secciones “más serias”, para decirlo sin humor alguno. Ese ADN se inoculó directamente a las crónicas.

César Vallejo escribía crónicas en *El Comercio*. Mario Vargas Llosa era columnista en *Caretas*. En un diario general o en una revista de nicho los textos se tipean con los mismos dos dedos. Parafraseando a McLuhan, el lenguaje es el mensaje (no el medio).

J.V.: Además de escribir en *Caretas*, ¿en qué otros medios trabajó?

J.B.: En *Caretas* trabajé un año sin sueldo. Fui feliz. Me daban unos vales de consumo para almorzar (o tomar cervezas, por lo bajo) que para mí eran lingotes de oro. Al año entré al plantel y empecé a tener un sueldo. Jorge, mi jefe y mentor, vio algo y me consiguió una columna en otro diario, *Expreso*. No eran columnas de opinión en el sentido formal del término. Eran columnas de cierto ensayo de estilo, podría decir ahora con algo de grandilocuencia. Al cabo de un tiempo me pedían textos de otras publicaciones, como *Debate*, *Asalto al Cielo*, ese frondoso mundo del papel que ya casi no existe. Te hablo de épocas en las que Etiqueta Negra era un *whisky*.

J.V.: ¿Cómo es su relación con los editores?

J.B.: Admiración y respeto. Aprendí todo de ellos. He tenido la fortuna de haber podido aprender de los mejores: Jorge Salazar, Enrique Zileri, Fernando Ampuero, Augusto Elmore, Elsa Arana Freire. *Caretas* fue una matriz fundamental de periodismo y del pensamiento crítico en el Perú. Eso fue como cuatro *masters* y medios de periodismo, edición y escritura.

Resumiéndolo aprendí a entender que sin el lenguaje no hay oficio, a defender las causas justas, a que el humor también puede ser algo muy serio, a ser agradecido y respetuoso de los afectos. Mal ejercido, el periodismo puede ser un oficio turbio y mal agradecido.

J.V.: ¿Hay temas que lo motivan más que otros?

J.B.: Inicialmente, sí. Como un niño que dice esto sí como esto no. Luego con el tiempo, conforme crece y madura tu espectro sentimental (por llamar esa sensibilidad de alguna manera) reparas que no hay tema ajeno a las posibilidades del lenguaje. Otra vez, las palabras. En ellas empieza y en ellas termina este juego. Tal vez los temas más difíciles –o inalcanzables– sean aquellos del dolor, la pérdida, de lo irreparable. Las palabras no resucitan a nadie.

J.V.: En la crónica “Periodismo anfibio”, planteó que el periodista ideal es aquel que es invisible en una clara valoración de la discreción. ¿Cómo se logra eso?

J.B.: Cuando nadie sabe quién eres la gente finge menos. Te cuentan más. Si llegas como un personaje le hablarán a ese individuo, no a ti. ¿Cómo se logra? No sé, ¿con pudor, humildad intelectual, prudencia autorreferencial? Es un reto, peor aún con las redes sociales y esta proyección enfermiza de un escenográfico ego digital.

J.V.: En 1991, apareció *¡Ay que rico!*, su primera antología de crónicas: ¿Cómo surgió la idea de publicar ese material en formato libro?

J.B.: Jorge Salazar tuvo la idea. Tú no haces periodismo, me decía. No sé qué es, pero no es periodismo, llévalo a un libro. Por esa época había una subvención pública para libros, postulé y algún despistado lo aprobó. Llegué a Mosca Azul, editorial legendaria llevada por el poeta y periodista Mirko Lauer. Su ácido sentido del humor encontró algo en esos textos, aunque creo que lo que más le sorprendió es que no tuviera en la cabeza pretensiones literarias ni culturales (ya lo dije, yo solo buscaba un trabajo). Así llegué también a conocer al poeta, y extraordinario cronista, Antonio Cisneros. Él siempre fue muy cariñoso y gentil conmigo y mi trabajo (era otro que celebraba mi escepticismo respecto al éxito, la figuración, etc.). Tuvo la gentileza de hacer un inmerecido prólogo para *¡Ay que rico!* Ese texto es lo mejor del libro.

J.V.: Cuénteme de su relación con el destacado poeta de la generación del sesenta, Antonio Cisneros.

J.B.: Admiración, cercanía y gratitud. Me descolocaba que alguien a quien consideraba un portento del idioma y un mago de la poesía me tratara de tú sin

verticalidad ni pose. Él fue alguien que me hizo entender acerca de la posibilidad de tener o cultivar un “estilo”. En mi ignorancia e impericia literaria, no le daba ninguna importancia a lo que hacía, y él me leía mis textos en voz alta y explicaba que estaba haciendo, que debía corregir, que debía buscar. Y me dio lecciones no solo literarias, sino de vida, que algunas de ellas he trasladado a mis hijos casi citándolo literalmente. Un privilegio que nunca olvidaré y que extraño, ahora que la juventud y su falta de gravedad ya pasaron. Él sabía perfectamente lo que valía su talento, pero no era de aquellos que necesitaba restregárselo en la cara al prójimo para brillar con luz propia.

J.V.: *¡Ay que rico!* es un libro inhallable. A pesar de las tres ediciones, está agotado. Me gustaría saber más sobre la recepción de ese libro.

J.B.: Me sorprendió, me espantó un poquito (cuando eres tímido nunca dejas de serlo). Y nada más. Seguí haciendo lo que hacía. No me detuve mucho en el tema.

J.V.: Se dice que fue un libro que todo periodista joven debería leer.

J.B.: Pobres jóvenes periodistas. Sugiero que empiecen con el diccionario.

J.V.: *¡Ay que rico!* entonces fue idea de Jorge Salazar, reconocido escritor y periodista que se destacó en la crónica policial. ¿*Kilómetro cero*, *Mal menor* y más recientemente *En aparente estado de ebriedad* también fueron propuestas de editores?

J.B.: En su generoso delirio mentor Jorge me hizo saber que estaba incursionando en la greguería (yo no había leído ni una línea de Gómez de la Serna). Y creo que sí. Los editores fueron los responsables de estas discutibles propuestas. *Kilómetro cero* nace por el interés y propulsión de Mirko Lauer, *En aparente estado de ebriedad* es otro inmerecido acto de disposición de Jerónimo Pimentel, poeta y amigo. Felizmente su impecable reputación editorial ha remontado esas decisiones.

J.V.: La crónica contemporánea producida en América Latina se ha multiplicado en las formas del periodismo narrativo con estrictas normas de reporteo y edición. ¿Qué opinión le merece la producción en ese campo?

J.B.: Hay un efecto Doppler respecto a ciertos hechos culturales y Latinoamérica. Esto es como cuando pasa una ambulancia y el eco de su sirena va detrás de ella, sonando como un recuerdo. La severidad respecto a las fuentes y reporteo es tributario del periodismo anglosajón de hace decenas de años (¿John Reed, Hemingway, Gellhorn?). Conmueve y hay que celebrar el entusiasmo actual por la

prolijidad, pero es como pensar que la ley de la gravedad se descubrió hace una semana.

J.V.: ¿Cómo se lleva su timidez con el cargo de jefe de Contenidos Clasificados de *El Comercio*, uno de los principales diarios de Lima?

J.B.: La timidez, como el cuerpo, envejece. Sigue ahí, solo que más quieta y con menos reflejos. Ya no se esconde, o se aburrió de hacerlo. Hay gente dispuesta y con mucho talento para el comercio del ego. Pero cuando no es lo tuyo, pues no lo es (como el sabor del pimiento: intolerable). Pasar desapercibido se ha convertido en la madre de todos los lujos. Insisto en creer que en este oficio lo que debe llamar la atención son las palabras, no las personas. A las personas nos basta un día de sol, un abrazo, esa mirada que ya escuchó lo que querías decir antes de abrir la boca. Y que no nos jodan.

Como es posible leer en la conversación transcrita, Jaime Bedoya, desde una posición de humildad, agradece la publicación de sus libros a editores como si su obra no tuviera el valor y la calidad para suscitar las ofertas recibidas. Por el perfil que asume, lejos de los *flashes*, los micrófonos, las entrevistas, siempre escondido detrás de la palabra, el autor es reticente a dar entrevistas. En este sentido, es muy difícil encontrar referencias biográficas suyas, aunque es una de las voces más originales de la crónica contemporánea. Razón demás para agradecer el tiempo ocupado en contestar mis inquietudes y por autorizarme a compartir esta conversación.

Septiembre 2021

Julieta Viú Adagio (julietaviu@gmail.com). Doctora en Humanidades y Artes con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Becaria posdoctoral del CONICET. Miembro del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH-UNR) y de la Red Académica de Docencia e Investigación en Literatura Latinoamericana Katatay. Integra equipos de investigación en el área de literatura latinoamericana. Se desempeña como Adscripta a la Cátedra de Literatura Iberoamericana I de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales sobre la crónica latinoamericana. Actualmente se dedica al estudio de las intervenciones de crónica latinoamericana en la cultura contemporánea.